

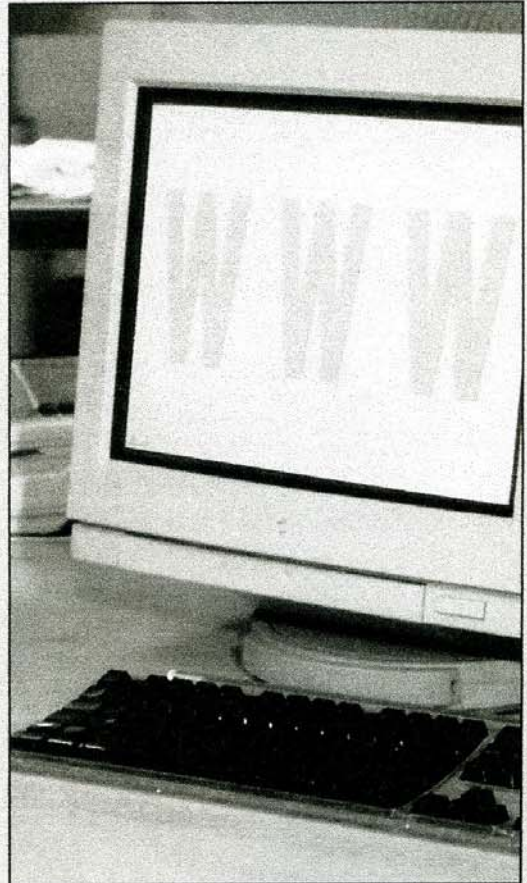
Las lenguas de la globalización

Desde el final de la última guerra mundial el inglés es la lengua principal, no sólo de la comunicación científica, sino de muchos otros campos. La red de redes, Internet, está afianzando este predominio.

Un predominio que dista de ser completo. En Europa, el francés, aunque ha dejado de ser la lengua extranjera más estudiada, mantiene un papel importante. Y el alemán no sólo es la lengua preferida en la Europa del este. El papel del español es netamente secundario, lo que contrasta con su situación ascendente en otros lugares del mundo. Más que al peso de España en el concierto internacional, el ascenso del español hay que atribuirlo a que es la primera lengua de la América meridional y central, y por ello, después del inglés, la lengua extranjera más estudiada en Brasil y también en el Lejano Oriente. Cabe agregar la presencia, cada vez más numerosa, de hispanohablantes en Estados Unidos.

La existencia de una lengua internacional común tiene claras ventajas, pero también inconvenientes. Porque el inglés es la lengua de la primera potencia mundial, su difusión tiende a aparecer como una muestra de imperialismo y, en todo caso, coloca en una situación privilegiada a los que han nacido en países donde el inglés es la primera lengua y en una situación incómoda a los que han tenido que aprenderlo. Y al mismo tiempo, la fuerte presencia del inglés tiende a deformar otras lenguas, lo que, a su vez, provoca reacciones defensivas, con grandes diferencias según los lugares. Francia ha sido el país que de una manera más consistente se ha opuesto a la presión del inglés, mientras que Alemania e Italia ofrecen una resistencia mínima.

Es frecuente que la constatación de la omnipresencia del inglés se acompañe de la pregunta sobre su futuro. ¿Le ocurrirá como al latín, lengua imperial del mundo antiguo, que acabó disgregándose en las lenguas neorrománicas? La comparación no es pertinente, porque la disgregación del latín fue consecuencia directa de la desaparición del Imperio romano y del aislamiento generalizado que así se produjo, mientras que el inglés se extiende en un mundo cada vez más intercomunicado, de manera que, aunque es cierto que entre el inglés hablado en India, Inglaterra o California hay fuertes diferencias, no parece que eso entrañe un riesgo de descomposición. La evolución irá más bien en otra dirección. Notemos, en primer lugar, que los argots ingleses propios de distintas ocupaciones tienden cada vez más a separarse. La jerga inglesa de los economistas tiene poco que ver con la de los cantantes de rock. Pero hay algo que será definitivo para el futuro del inglés: la difusión de los medios electrónicos de comunicación está provocando el abandono de las normas asociadas a la lengua escrita que tendían a sacralizarse identificándolas con las normas de la propia lengua. Si buena parte de nuestras ideas sobre lo que es una lengua arrancan de la existencia de la escritura, quizá, a partir de ahora, va a cristalizar otra manera de entender lo que es una lengua como medio de comunicación.



Lenguas en peligro de extinción

Wappo, cowlitz, siuslaw, jalanga, ngarndji, eyak, mok, khamti, khovar... serán dentro de pocos años nombres más propios de la arqueología que de algo existente. Son nombres de lenguas con menos de diez hablantes, varias de ellas con sólo uno... En la actualidad existen unas 5.000 lenguas. Algunas, como el chino mandarín, con más de 800 millones de hablantes. Otras, como el ona, de Argentina, se extinguieron hace unos años tras el fallecimiento de su último hablante. Según un estudio que está elaborando la Unesco, las lenguas que están abocadas casi inexorablemente a la extinción son más de un 60 % de las que hoy existen.

Cuando los lingüistas hablan de la «muerte» de una lengua no se refieren a un proceso natural en que una lengua como el latín se desarrolla en las lenguas románicas, sino a un proceso artificial por el que una lengua sustituye a otra. El cambio lingüístico es consustancial a la lengua; la sustitución, no.

Sin ir más lejos, el diario mexicano *Excelsior* publicaba recientemente que las 62 lenguas prehispánicas de ese país podrían llegar a desaparecer a causa del narcotráfico, la inmigración y la presunta modernidad. Según este diario, las escuelas bilingües del país propician que sus alumnos acaben por hablar sólo español, y alerta de que apenas quedan 44 hablantes de las lenguas teco y aguateco.

Uno de los factores causantes del declive de lenguas es, según la catedrática de Lingüística de la Universitat de Barcelona Carme Junyent, una de las investigadoras que elaboran el estudio de la Unesco, la emigración, «cuyos efectos en este sentido no se conocen a fondo». Otro de los factores clave, como afirma Junyent en su libro *Vida i mort de les llengües*, es la pérdida de prestigio de las lenguas nativas. Una pérdida de estatus que se debe a la presión que ejerce la lengua dominante, y que impele a los hablantes a no transmitir la propia a sus hijos porque la sienten como un lastre.

Así, en tres generaciones, una lengua puede pasar de tener un uso vivo a estar extinguida. Los abuelos hablan una lengua entre los de su generación, a sus hijos les hablan en inglés –o español, o swahili, o árabe– porque lo tendrán más fácil para encontrar trabajo. Éstos entienden la lengua de sus padres pero apenas la hablan. Sus hijos, los nietos de los abuelos, hablarán ya sólo la lengua dominante.



Junyent señala que en un mundo en que cada día estamos más sensibilizados por la diversidad ambiental deberíamos estar más preocupados por la pérdida de la diversidad lingüística, mucho más que alarmante. En este sentido, Juan Carlos Moreno, catedrático de Lingüística de la Universidad Autónoma de Madrid, añade que la tendencia a la homogeneidad es algo totalmente antinatural. En su reciente libro *La dignidad e igualdad de las lenguas* recuerda que «todas las lenguas tienen un origen humilde y todas pueden desaparecer». En 1582, cuenta Junyent en su libro *Contra la planificación*, «Richard Mulcaster consideraba que el inglés era una lengua de poca envergadura, que no sobrepasará la isla e, incluso, que no es hablada en toda ella».

La historia está hecha de pérdidas y adquisiciones, pero la extinción de algunas lenguas responde en ocasiones a un genocidio. En El Salvador, en 1932 hubo una revuelta india. Como «medida de prevención» todo aquel identificado como indio por sus rasgos físicos, lengua o vestimenta era asesinado: murieron 25.000 indios. Muchos evitaron usar su lengua por miedo a ser asesinados. Dos lenguas (lenca y cacaopera) se extinguieron totalmente.



Aun así, hay casos de lenguas en peligro que resisten, como las de las comunidades judías (el hebreo estaba casi extinguido cuando renació en Israel, pero están también el yiddish y el ladino) y gitanas (las distintas variantes del romaní, como el caló) en todo el mundo.

Junyent aboga por un multilingüismo sin menospreciar ninguna lengua. Moreno, por un cambio de mentalidad total para evitar que tantas lenguas dejen de existir.

Para ello Moreno recoge y rebate en su libro cien prejuicios corrientes,

entre los cuales están los siguientes: «En una época muy lejana la humanidad hablaba una lengua única y perfecta; las lenguas del pasado son más primitivas que las lenguas actuales; hay lenguas más avanzadas o evolucionadas que otras; hay lenguas útiles e inútiles; los dialectos son más inestables, incultos y pobres que las lenguas; hay lenguas que tienen una sintaxis muy pobre; las expresiones que no están sancionadas por las gramáticas son incorrectas; en una lengua no escrita no hay criterios para establecer ningún tipo de norma; los grandes literatos conocen mejor las lenguas que las personas de la calle...».

En nuestra cultura lo que vale está escrito y creemos que aprendemos de lo que leemos más que de lo que oímos. Pero hay multitud de culturas en que lo oral todavía se impone; por ejemplo en determinados usos de la cultura islámica. La escritura da prestigio a las lenguas en la escuela, por lo que las que no la tienen pierden prestigio y, a menudo, dejan de transmitirse. Sin embargo, según Juan Carlos Moreno, «los hombres siempre tendrán necesidad de hablar», y además, «los avances de Internet se miden por la cantidad de sonido que circula por ella. Con las nuevas tecnologías, la voz de los que se están quedando sin voz tiene resonancia mundial».

FRANCESC BOMBÍ-VILASECA, en *La Vanguardia*